

tus es, tu procide, lamentare, imgeme, sine puerulum facere, quæ propria sunt suæ ætati, atque consentanea. Cur te occultas, qui accusaris, et insontem ad defensionem tuam producis? Num iudex illudatur, sic ut subditiam personam substituas? Oportebat autem et illum adesse, sed tecum certe, non solum.» ¡Contraste sublime, acusacion terrible! Pues no son estos los únicos rasgos admirables que se leen en la homilia *DICTA TEMPORE FAMIS ET SICCI-TATIS*.

El genio de los Santos Padres se revela en aquellas reflexiones que les eran tan comunes, y son sin embargo notables por su profundidad y lucidez; llámense *SENTENCIAS*, y deben ser breves, para que los oyentes las comprendan y conserven fácilmente en la memoria. Combatiendo San Ambrosio á los que adoraban el sol como autor y creador de las plantas, recuerda que fué criado después que la tierra habia germinado la yerba: sirviéndose de una animada prosopopeya, introduce al Señor, confundiendo, en el instante de la creacion, á los que en lo futuro habian de ser necios adoradores del astro del dia, y concluye diciendo. «¿Cómo el sol ha de ser la causa de la germinacion de las plantas, si éstas existieron ántes que él? El sol es más jóven que la yerba y que el heno de los campos: Junior est herbis, junior fœno.» San Basilio, en su nunca bastante ponderada homilia contra los ricos avaros, decia: «Cuando entro en el palacio de esos hombres que descuidan los intereses de su alma y alhajan su morada con todo el refinamiento del lujo más desordenado, de cuanto veo en esa casa lo que menos vale á mis ojos es el dueño que la habita.»

Cuando alguna sentencia cierra un pasaje en tono de admiracion, se llama epifonema, como cuando San Agustin exclamaba: «Stulte! ex operibus corporis agnosco viventem: ex operibus creaturæ non potest cognoscere Creatorem!» ¿Quien no conoce aquel «O testimonium animæ naturaliter christianæ!» de Tertuliano? Bello es, como observa L'Harpe, el pasaje en que el impío Diderot arguye á los ateos probando la existencia de Dios por la estructura de una mariposa: «¡Pensad, dice, que no os he presentado más que el ala de una mariposa, cuando pudiera aplastaros con el peso del universo (1)!» Esta idea

(1) L'HARPE: *Filosofia del siglo XVIII*, tomo II, pág. 30.—París, 1825.

sublime la encontramos en el libro de Job (1). San Agustin, haciendo el mismo raciocinio sobre un mosquito, concluye: «Quis fecit ista? Expavescis in minimis; lauda magnum!»

Otras veces presenta el orador una série de ideas cuyo movimiento es de ménos á más, ó de más á ménos, hasta que la última da como un golpe decisivo y victorioso; entonces hay lo que se llama *GRADACION* ó *CLIMAX*. Recordando San Agustin los padecimientos de Job, decia: «Quanta passus est, fratres! Quis potest tanta pati in re sua, in domo sua, in filiis suis, in carne sua, in ipsa quæ remanserat uxore tentatrice sua!» La memoria de la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo arrancaba á menudo del devoto corazon del mismo orador gradaciones rápidas y muy bellas.

La comparacion bien hecha de unos objetos con otros aclara mucho las ideas y da esplendor al raciocinio. El hombre se complace naturalmente en las comparaciones, y tiene mucha propension á hacerlas; ésta es una de las primeras inclinaciones de los niños. Si buscáramos la causa de este fenómeno intelectual, quizá la hallaríamos en aquella identidad de origen, unidad de fin y sencillez de medios que nos están revelando todas las obras del Creador. Como quiera que sea, es lo cierto que no sólo comparamos entre sí los objetos de un mismo orden, sino tambien los de órdenes diferentes: los del orden sensible con los del intelectual; y los del orden de la naturaleza con los del de la gracia. Estas comparaciones abundan en los Libros Santos y en los escritos de los Padres, y de ellas hacen grande uso los predicadores.

D'Alembert (2) admira á Bossuet cuando dijo en la oracion fúnebre de la duquesa de Orleans que con la muerte se confunden todos los hombres y desaparecen las diferencias sociales, así como los rios pierden su nombre confundidos en el Océano. El símil es bello, pero se habia servido ya de él nuestro Juan de Mena (3) en el siglo xv, y anteriormente San Basilio explicando nuestra vida con la gloria de un río: «Et ad commune mortis mare festinamus omnes.» Recomendamos á los jóvenes el estudio del libro *De Unitate Ecclesiæ* de San Cipriano; además del

(1) Cap. xxiv, vers. 44.

(2) En su elogio de Bossuet.

(3) Poesía á la muerte del conde de Niebla.

grande interés del asunto y de la manera con que le ha tratado, son abundantes y bellísimas las comparaciones de que se sirve el Santo Doctor.

Por demás estarían otros ejemplos en materia tan abundante; sólo indicaremos un género de comparaciones que es difícil hacer convenientemente en el púlpito, pero que, bien hechas, son de seguro efecto; tales son las que se toman de la vida de familia, del hogar doméstico: la dificultad consiste en la desproporción que á primera vista existe entre los grandes intereses sobre que versa la predicación y los hechos domésticos que, aisladamente considerados, no salen de su pequeña esfera; pero su interés nace del que naturalmente inspira al hombre todo lo que se refiere á este delicado sentimiento. Pues bien: los Santos Padres han superado estas dificultades; San Agustín es inimitable en algunas de estas comparaciones; pero quien nos parece singular en este género es San Juan Crisóstomo.

El Crisóstomo, cuando los antioquenos consternados después de la destrucción de las estatuas, y temerosos de los castigos que les amenazaban, no tenían otro consuelo que asistir diariamente á oír sus elocuentes discursos, les decía: «Mirad: el niño, cuando el maestro le castiga, corre presuroso y se arroja llorando en el regazo de su madre; ésta enjuga sus lágrimas, le acaricia, pero á la vez procura inculcarle que el maestro le castiga con razón y para su bien. Si los magistrados os castigan, cumplirán con su deber, y para vosotros será un bien, porque con este motivo os levantareis un poco sobre la tierra y os volvereis á Dios; pero si entre tanto venís á la Iglesia, vuestra cariñosa Madre, ésta os recibe como á hijos muy queridos.»

Un terremoto había consternado á la ciudad de Antioquía hallándose enfermo San Juan Crisóstomo; tan pronto como pudo subió al púlpito, y después de describir con vivo colorido las angustias y temores que habían sufrido los fieles, hace resaltar la misericordia de Dios porque el terremoto no había ocasionado desgracias personales; y, entre otras cosas, les dijo: «Este accidente ha sido un llamamiento de Dios para que volvais al camino de la virtud que habíais abandonado, semejante á una madre cariñosa que, sin causar daño á su hijo inquieto, le asusta un poco sacudiendo la cuna para que calle y se duerma.»

Dios, les decía en otra ocasión, se muestra indignado de nuestros pecados, más por el grande mal que nos causan y por el mucho amor que nos tiene, que por la injuria que le hacemos: es como una madre que sufre con alegría, se rie, y aún goza cuando su tierno hijo parece que la maltrata, y se divierte dándole con las manos en las mejillas; pero si el niño se hiere los dedos con algún alfiler de su vestido, entónces se irrita, y con semblante ceñudo golpea ligeramente á su hijo, para retraerle en lo sucesivo de que vuelva á causarse el mismo daño.

La propiedad de estas comparaciones y su encantadora belleza sólo podrá apreciarla y gustarla quien las lea en los originales.

La INTERROGACION consiste en preguntar con el sólo objeto de estrechar á quien se intenta convencer decididamente, constituyéndole testigo y juez para que se condene á sí propio; en esto, y en la convicción que supone en el que interroga, está el secreto del valor de esta figura. San Juan Crisóstomo, exponiendo una interrogación del Apóstol, explica la naturaleza de esta locución.

Cuando el orador no se limita á preguntar, sino que añade la respuesta, hay una nueva figura, que se llama SUBYECCION.

La interrogación no basta por sí sola para convencer; supone ya instruido al oyente; así, pues, el que sin esta preparación fiara el éxito de su discurso á repetidas interrogaciones, degeneraría en un vano declamador.

Esta figura se convierte á menudo en un diálogo entre el orador y los oyentes, cuyas respuestas adivina y expresa; también conduce muy naturalmente á la argumentación llamada dilema.

De todas estas figuras hicieron uso frecuente y acertado los Santos Padres; en otro lugar copiaremos, entre otros, un elocuentísimo pasaje, donde el Crisóstomo se sirve á la vez de la interrogación y de la subyección, del diálogo y del dilema.

Cuando en la serie del discurso se repite muchas veces una misma voz ó una misma idea con términos diferentes, se comete la figura llamada REPETICION, que sirve poderosamente para aclarar é inculcar en el ánimo del auditorio la verdad que se quiere probar. ¡Cuán bellas é interesantes son aquellas repetidas preguntas con que San Agustín, buscando á su Dios, se dirige á las criaturas, y todas le responden una tras otra: «non sum... non

sumus...!» etc. El mismo Santo Doctor, después de haber impugnado por extenso los errores de Vicente Víctor, los reduce á once y los rebate de nuevo concisa y enérgicamente, repitiendo al comenzar ó concluir cada una de sus refutaciones: «Noli credere, nec dicere, nec docere, etc... si vis esse catholicus.»

Una sentencia de la Sagrada Escritura, repetida con moderación y amplificada con acierto, es siempre para el buen orador germen fecundo de un discurso de vivo y progresivo movimiento. Aquellas tres palabras del *Deuteronomio*: «Attende tibi ipsi» inspiraron á San Basilio una de sus más hermosas homilías; veinte y siete veces repite la idea con los mismos ó parecidos términos; pero cada vez la presenta de una manera nueva, la amplifica, y deduce diversas é interesantes consecuencias.

Y si, como en otra ocasión hizo el mismo Santo, se añade á esta figura la que se llama *concesion*, repitiendo el orador lo que su adversario tiene como cierto, y tomando de ello ocasión para sus argumentos, la repetición entónces gana mucho en fuerza, y no ménos en belleza.

Respecto á la disposición oratoria de las pruebas, ante todo es preciso que no sean excesivamente numerosas; y por muy abundante que sea la materia, han de reducirse los argumentos á un número proporcionado: lo contrario fatiga la atención de los oyentes, y puede hacer sospechar que no es muy buena la causa cuando tantas son las pruebas, con tanto estudio alegadas. San Atanasio observa que cuando se trata de verdades claras, la demasiada insistencia en probarlas puede hacerlas dudosas á los espíritus contenciosos: «Exagitare et curiosius indagare non expedit, ne à contentiosis hominibus ambigua existimentur.»

Reconocidas las pruebas y halladas de buena ley, se ordenarán de manera que formen un cuerpo de oración regular, porque no basta que estén bien vaciados los miembros de una estatua, si no tienen entre sí verdadera unión. Acerca de cuál sea el orden conveniente, no todos los autores están acordes, ni es fácil que lo estén, porque eso depende de las circunstancias y naturaleza del asunto; con cuyo conocimiento decide el tacto y buen juicio del orador: lo único que por regla general podemos asentar es que jamás se principie con argumentos de poco valor, porque esto previene contra la causa; que si hay necesidad de emplear razones débiles respectivamente á

otras, se coloquen entre las más fuertes; pero en ningún caso termine la oración con pruebas livianas, sino, al contrario, con las más excelentes.

San Juan Crisóstomo recomendaba con mucho celo á sus fieles que procurasen difundir la buena doctrina, corregir los vicios de sus hermanos y excitarles á la virtud, y con su noble y familiar elocuencia se ocupaba á menudo en enseñarles prácticamente el orden con que habían de proceder en sus amonestaciones y correcciones. Los consejos que les daba aquel grande orador son otras tantas interesantísimas lecciones teóricas y prácticas sobre el orden que en sus sermones deben seguir los oradores cristianos.

En otro lugar copiaremos algunos modelos y citaremos otros, de nerviosa y elocuente argumentación: allí podrán ver los jóvenes la diligencia con que los Santos Padres buscaban argumentos convincentes, la destreza con que los expresaban con elocuentes argumentaciones, y la acertada disposición oratoria con que los ordenaban.

## LECCION XX.

### De la peroración.

Después de convencer el entendimiento, lo cual es propio de la confirmación, preciso es además, dice San Agustín, inclinar y vencer la voluntad: «flectere ut vincat.» En cualquiera parte del discurso se puede excitar la moción de los afectos, según lo exija el asunto ó permitan las circunstancias, sobre cuya oportunidad decide el buen juicio del orador. Nuestro Melchor Cano escribió algunas cláusulas patéticas en un tratado poco susceptible de movimientos afectuosos (1). Mas como la convicción precede á la moción, el lugar más á propósito para esta última es la peroración: en ella deben emplearse todos los recursos del arte, porque, salvadas ya las di-

(1) *De Locis theologicis*. lib. xi, cap. i, donde lamenta la muerte reciente de su padre.—Párecenos que quiso imitar á Cicerón, quien, al comenzar el libro iii *Del Orador*, en el tomo ii, pág. 216, recuerda la muerte de Craso, y á Quintiliano, que en el proemio del libro vi de sus *Instituciones oratorias*, tomo i, pág. 337, menciona muy patéticamente la muerte de su hijo.